

Los que tienen bula

Por Isidoro Moreno

A casi todos habrá llegado la gran polvareda levantada en la mayoría de los órganos informativos nacionales por la publicación en una revista de ultraderecha de un artículo donde se atacaba, en términos poco usuales, la política del actual jefe del Gobierno.

Casi todos los diarios del país y, por supuesto, la radio y televisión oficiales, se apresuraron a condenar el hecho en editoriales y comentarios, subrayando la escasa representatividad y el carácter troglodita del grupo que impulsa la revista y saliendo en defensa del señor Arias y de su programa aperturista. Sobre el asunto giraron también una buena parte de las preguntas que hicieron los informadores al ministro de Información y Turismo en la rueda de prensa celebrada tras el último Consejo de ministros. Un periodista, a la vez que pedía a Pío Cabanillas su opinión, expresaba la sorpresa de la mayoría de los presentes «porque por primera vez en la prensa legal española haya aparecido un artículo semejante».

Pero junto a la sorpresa general, comprensible en un país como éste, tan poco acostumbrado durante decenios a leer en letras de imprenta discrepancias importantes con quienes tienen en sus manos el poder, ha surgido también, con unanimidad a priori menos obvia, la condenación más total a quienes han sido denominados «los otros enemigos del programa Arias». Y es esta unanimidad la que debemos comentar, ya que puede prestarse fácilmente a interpretaciones no del todo correctas.

Se ha dicho, algo exageradamente, que hoy en España el único pluralismo permitido está representado por la prensa. De todos modos, si dejásemos instantáneamente ahora a un lado el importante problema de los límites de este pluralismo, no hay duda que la afirmación anterior tiene una cierta parte de realidad; al menos comparativamente con lo que sucede en otras esferas de la sociedad española. Pues bien, ¿no les parece a ustedes un poco sorprendente que todos, casi sin excepción, hayan caído sobre «Fuerza Nueva» de una forma que no dudaríamos en calificar de agresiva, al menos en su apariencia?

Incluso órganos de información que apenas si dedicaron dos líneas a informar sobre las destrucciones de libros, los ataques a galerías de arte y otras acciones por el estilo, rasgan ahora sonoramente sus páginas porque en un artículo de una revista de circulación y venta bien restringidas su autor o autores (que parecen estar cercanos al mismo bien definido ámbito ideológico de quienes realizaron las antes citadas «hazañas») niegan su colaboración al señor Arias y le acusan de cometer «errores tras errores».

Si fuéramos mal pensados o partidarios de achacarlo todo a «campanas orquestadas», estaríamos tentados de pensar que de lo que se trata es de querer hacer ver al país, en estos momentos de crisis económica y política que atravesamos, que el único obstáculo dentro del sistema para lograr una real democratización lo constituyen los «ultras». Que, por causa de ellos, exclusivamente, no llegan a materializarse en el correspondiente reconocimiento de los derechos democráticos todos los «espíritus» que este año han surgido del poder. Que, porque ellos son aún fuertes, y violentos, y poco razonables, el pueblo no tiene ya hoy una participación directa en los destinos de la nación. Que, salvo ellos, todos los demás sí lo desean...

Es claro que con esta excesiva atención se ha magnificado la importancia de la tal revista, que pocos leen y menos aún compran. Sin la caja de resonancia que su-

puso gran parte de la prensa restante, apenas si unos cuantos habrían llegado a conocer el artículo en cuestión (y nosotros nunca le hubiésemos dedicado un comentario si no fuese porque el asunto ha sido aireado previamente por la mayoría de los medios informativos, constituyéndose en tema nacional, nos guste o no). Dándole una desmedida atención se ha conseguido agigantar, quizá sin premeditación en unos casos, pero creemos que pensadamente en otros, la importancia de la extrema derecha. Con lo que, entre otras cosas, puede intentarse marcar, sin demasiados argumentos sólidos en la mayoría de los casos, una separación entre los antidemócratas ultras, «que ni siquiera representan unos verdaderos ideales» («Informaciones», 27 de septiembre de 1974) y quienes dicen reflejar las verdaderas aspiraciones de la sociedad.

Se nos ocurre, sin embargo, que mientras no se reconozca el sufragio universal directo y el pueblo pueda elegir entre diversas opciones políticas que previamente les hayan sido presentadas con entera libertad, resulta muy gratuito arrogarse la representación de las aspiraciones actuales de la sociedad española. Y esto vale tanto para los ultras como para cualquier otro grupo político. Las diferencias se plantean, en gran medida, en el grado de sinceridad con que cada uno cree representar realmente los intereses de los más; y en esto sí existe un índice que no puede prestarse a confusiones: todos aquellos que obstaculicen o tengan miedo a una elección directa del pueblo de entre todas las diversas opciones, difícilmente podrán convencernos de que reflejan realmente las aspiraciones de éste. Porque, si fuera así, ¿a qué se teme, entonces?

Muchos de los que con tanto ardor condenan ahora a «Fuerza Nueva», ¿lo hacen desde una ideas verdaderamente democráticas, o porque con sólo esa condena creen obtener el certificado de demócratas?

Algunos expresan que les parece inconcebible y improbable que puedan dirigirse al presidente del Gobierno palabras como las de «Fuerza Nueva»: «Nos auto-

excluimos de su política. No podemos, después de lo que ha dicho, colaborar con usted, ni siquiera en la oposición..., nosotros no podemos acompañarle». Por el contrario, yo no acierto a comprender las razones por las que un grupo político o sectores enteros de la sociedad española no puedan discrepar con el programa del Gobierno de turno y decirlo claramente, sin ambages.

La cuestión no está, entonces, en reducir al silencio a «Fuerza Nueva»; sino en permitir que puedan escucharse también todas las demás voces que discrepan desde otros campos. Lo realmente injusto en este asunto es que sólo desde la ultraderecha puede disentirse, en un órgano de comunicación legal, con las líneas de la política oficial de hoy, mientras a todos los demás disidentes se les incapacita para presentar públicamente los motivos de su discrepancia.

Pero el signo de esta bula para el ataque no se debe al azar; si no existiesen «Fuerza Nueva» y las reducidas aunque bien vociferantes y activas huestes del PENS, el «Comando Adolfo Hitler» o los «guerrilleros de Cristo Rey», quizás ahora las inventasen aquellos interesados en que siempre haya alguien más a la derecha para así poder presentarse como «razonables centristas».

A muchos de los nuevos defensores de la democratización (o de lo que ellos entienden por tal) habría que recordarles, por ejemplo, que atentar contra la cultura no es sólo quemar libros, sino que sigan prohibidos ciertos libros; no es únicamente destrozar obras de Picasso, sino también poner corsés a la libre creatividad que hagan imposible nuevos Picassos.

Y que, paralelamente, una verdadera posición democrática en nuestro país no consiste solamente en condenar a «Fuerza Nueva» (a la vez que se le da resonancia), sino en construir las condiciones para que otras fuerzas puedan ejercitar su voz y sea el pueblo, más allá de los rótulos, quien otorgue las calificaciones de nuevas, viejas o prehistóricas.

(9-X-74)